

BOLIVAR Y EL PANAMERICANISMO



Brigadier General
MIGUEL A. PEÑA BERNAL

Conferencia leída en la Sesión Solemne, que con motivo de la Conmemoración de la Muerte del Libertador, celebró la Sociedad Bolivariana de Colombia, en el Museo Colonial.

Mucho se ha escrito sobre la gesta guerrera de Simón Bolívar y sus trascendentales repercusiones, que la historia registra en sus páginas de oro.

Cuando el devenir histórico acumula más de un siglo narrando y agitando la figura de El Libertador, y los

pueblos que con veneración permanente registran en su cotidiano vivir, los ingentes beneficios de su inigualable lucha, al registrar un año más de su desaparición, no pueden hacer otra cosa, sino detener su ritmo y abismados y asombrados, rendir tributo de gratitud, a quien no solo con la espada, si-

nó con sus asombrosas concepciones políticas, es el artífice indiscutido de la América de ayer, de hoy y del futuro.

17 de diciembre, día luctuoso para América, en el que recordamos la desaparición del gran adalid de la victoria. Fecha en la cual es necesario renovar la fe que poseemos en el futuro de América y convertir la gratitud que nos embarga, no en palabras, sino en hechos y proyectos concretos, que conviertan el gran ideal del panamericanismo, creación de Bolívar, en un sistema cada día más efectivo y vigoroso.

Bien vale la pena en esta excepcional ocasión, transcribir las geniales concepciones que sobre integración de América, esbozó Bolívar en su singular Carta de Jamaica cuando dijo:

"Es una idea grandiosa pretender formar de todo el mundo nuevo una sola Nación, con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes Estados que hayan de formarse; mas no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes, dividen a la América. Qué bello sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos. Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto Congreso de los Representantes de las Repúblicas, reinos e imperios, a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras tres partes del mundo. Esta especie de corporación podrá tener lugar en alguna época dichosa de nuestra regeneración otra esperanza es infundada, semejante a la del abate Saint-Pierre, que concibió el laudable delirio de reunir un congreso europeo

para discutir de la suerte y de los intereses de aquellas naciones".

Y agrega en otro párrafo: "Luego que seamos fuertes, bajo los auspicios de una nación liberal que nos preste su protección, se nos verá, de acuerdo, cultivar las virtudes y los talentos que conducen a la gloria; entonces seguiremos la marcha majestuosa hacia las grandes prosperidades a que está destinada la América Meridional".

Cuánta grandeza, qué afortunada penetración en el futuro de América encierran las palabras transcritas. Es la concepción de un visionario, de un estadista que vislumbró, dentro de la tormenta, el porvenir lleno de realidades de que hoy gozamos.

Tanta era la convicción que Bolívar poseía de tan majestuosa idea, que no hubo campo político al cual no se le imprimiera la dinámica de su concepción. Es así, como en el frente diplomático Don Pedro Gual, en su carácter de Director de Relaciones Exteriores, y por instrucciones de Bolívar, le escribe a Don Joaquín Mosquera, quien representaba al naciente país en Buenos Aires: "Nada interesa tanto en estos momentos como la formación de una liga americana. Pero esta confederación no debe formarse simplemente sobre los principios de una alianza ordinaria para ofensa y defensa: debe ser mucho más estrecha que la que se ha formado últimamente en Europa contra las libertades de los pueblos. Es necesario que la nuestra sea una sociedad de naciones hermanas, separadas por ahora y en el ejercicio de su soberanía por el curso de los acontecimientos humanos, pero unidas, fuertes y poderosas para sostenerse contra las agresiones del poder extranjero".

Cómo contagiaba el genio, cuánta su influencia y cuán férreamente luchó por tan grandioso ideal, que llevó al historiador argentino Mitre, en su Historia de San Martín, a veces injusta

con la persona de Bolívar, a escribir:

“Un ensueño suele ser el hilo fijo en la trama de la vida de un hombre. El de Bolívar fue la unificación de la América Meridional.

De este ensueño sacó sus fuerzas morales para crear una gran potencia militar y llevar sus armas triunfales por todo el Continente como Alejandro a través del Asia. Su primera intuición fue la creación del imperio colombiano.

La segunda visión fue el establecimiento de una confederación sudamericana sobre las bases de una liga política y militar, regida por una asamblea internacional de plenipotenciarios a manera, de la liga aquea de Grecia”.

La concepción de una América grande y poderosa, cuando su población no llegaba a los dieciséis millones de habitantes, de los cuales su mayoría era de indígenas, cuando aún se desconocía el ferrocarril y el buque a vapor iniciaba su aporte al progreso; cuando los medios de comunicación, eran la canoa o la interminable marcha de las postas, venciendo a la naturaleza agreste; cuando el telégrafo no había sorprendido al mundo y la luz de los conocimientos, tesoro de unos cuantos privilegiados, las ideas e ideales políticos de Bolívar, lo convierten, sin duda alguna, en el visionario más grande que haya producido América. Su idea surgió de una tierra infecunda, con muy lejanas esperanzas de estructuración estatal y social en forma sólida. De ahí su grandeza, ya que el tiempo implacable va demostrando, la cada día más imperiosa necesidad de que estos pueblos libres y soberanos se integren bajo una cruzada de paz y comprensión mutuas, que permitan hacer realidades, la acción conjunta y la defensa común, profetizadas por Bolívar.

Bolívar en su Carta de Jamaica, le trazó una misión histórica a la América, que ha sido y será la aspiración natural de la humanidad y que puede

resumirse así: una vida de paz, libertad y justicia.

Con la clarividencia que caracterizó su vida política, Bolívar supo adelantar sus sentidos entre las sombras y peripecias de la lucha por la independencia, y con extraordinaria lucidez, señaló el camino, que nuestra América en su destino de progreso y desarrollo, va siguiendo con extraordinaria regularidad.

Cuánta posibilidad práctica y sabiduría contienen los escritos dejados por Bolívar. En ellos encontramos, cómo, en nobilísimo estilo va dejando los trazos de una nueva América, con clara y definida separación de Europa. Con ello, interpretaba la aspiración que se hacía latente y la cual anhelaban de corazón todos los buenos hispanoamericanos de aquellos días, ante la evidencia del fracaso político en la dirección gubernamental y el fastidio y desesperanza que había creado el dominio que por tres siglos impuso la colonia.

Pero para Bolívar no bastaban las palabras, era hombre de realizaciones y su obra así lo demuestra. Prueba palpable, la cristalización de su ideal panamericano, al lograr reunir el Congreso Anfictiónico de Panamá, el 22 de junio de 1826.

En la circular de convocatoria escribió la siguiente magistral profecía: “Cuando dentro de cien siglos la posteridad investigue el origen de nuestro derecho público y recuerde los pactos que consolidaron su destino, examinará con respeto los protocolos del Istmo”.

En esta histórica reunión, que constituye el hito básico de nuestra unión como pueblos libres, quedó esbozado claramente el establecimiento de una confederación americana, así como la creación de un Congreso, que como lo expresó Bolívar: “Nos sirviese de consejo en los grandes conflictos; de pun-

to de contacto en los peligros comunes; de fiel intérprete de los tratados públicos cuando ocurran dificultades y de conciliador, en fin, de nuestras diferencias”.

Después de tres semanas de deliberaciones, se produjo el pacto denominado: “Tratado de Unión, Liga y Confederación Perpetua”. Hoy basta recorrer sus treinta y tantos artículos, para evidenciar, que en ellos están los basamentos y principios jurídicos, que enorgullecen a la O. E. A., y que hacen justicia a la grandeza con que hemos rodeado al Libertador, al señalarlo como el progenitor del panamericanismo. Aquellos basamentos y principios pueden enunciarse así: La no intervención; la igualdad jurídica de los Estados y la solidaridad ante la agresión.

Hoy hablamos con propiedad de estos tópicos, y nuestros Estados se sienten seguros, porque saben que el reconocimiento mutuo de la interdependencia, la igualdad y el arbitraje, son las características que muestra ante el mundo, la América unida e independiente de nuestros días.

El 26 de marzo de 1933 y ante esta misma Sociedad Bolivariana, el maestro Guillermo Valencia, se pronunciaba así sobre la concepción y fines que tuvo el Tratado firmado en Panamá.

“Qué de lágrimas se hubiesen ahorrado: qué de hecatombes, qué de desastres, qué de fracasos sin cuento, si la Liga Anfictiónica del Istmo hubiese funcionado en América desde el primer tercio del siglo XIX”.

Han pasado los años, y ahora al analizar aquellas extraordinarias ideas, quizá nos parezca que eran prematuras para la época y el medio, pero con satisfacción debemos reconocer, que no se extinguieron en el tráfago de nuestras luchas, sino que, como constelación lejana, poco a poco, han ido tomando forma, hasta convertirse en fa-

nal de irradiante luz, que hoy denominamos nuestro panamericanismo.

Cómo ha evolucionado el ambiente, desde el ya lejano 6 de septiembre de 1815, cuando Bolívar escribió desde Kingtton su memorable carta. Las distancias, dejaron de serlo; nuestros milenarios árboles, día a día se truecan en las orgullosas columnas de la industria moderna, que por doquier muestran su pujanza; el saber, está al alcance de la mayoría; la electrónica, nos permite ser vecinos de quienes viven en los extremos de esta convulsionada, pero maravillosa América. ¿Cómo podría Bolívar imaginar esta vertiginosa transformación? Pero sus ideales conservan la misma validez, siempre y cuando, sus herederos, sepamos acopiarlos al ritmo evolutivo que impone nuestro mundo moderno.

La transformación que ha tenido el panamericanismo desde los días del Congreso Anfictiónico, demuestra que el espíritu de los gobiernos latinoamericanos, ha sido, el de ir perfeccionando el sistema. Así tenemos que de 1815, en Panamá, se saltó al 14 de abril de 1890, cuando se reunió la Primera Conferencia Internacional Americana en Washington, que creó la oficina Comercial de las Repúblicas Americanas y que más tarde dio origen a la creación de la Unión de las Repúblicas Americanas, hoy conocida como Unión Panamericana, que a su vez creó la O. E. A., como organización multilateral, encargada de hacer funcionar el sistema.

En Panamá quedó consignado en el artículo 3º del Tratado el siguiente compromiso que en su parte sustantiva dice: “Las partes contratantes se obligaban y comprometían a defenderse mutuamente de todo ataque que pusiera en peligro su existencia política y a emplear, contra los enemigos de la independencia de todas o alguna de ellas, todo su influjo, recursos y fuerzas marítimas y terrestres”.

Con este compromiso, Bolívar como su inspirador, y los representantes de Colombia, Centroamérica, Méjico y Perú, se adelantaron a quienes en el Acta de Chapultepec, le dieron forma, a lo que se ha denominado Defensa Conjunta.

¿Quién puede negar la trascendencia y alcance de dicho acuerdo que ha sido el fundamento del sistema y la bandera de la unidad americana? Pero con lo acordado en Panamá, apenas se dibujaba la sembianza del futuro, de ahí, que al codificar las sucesivas medidas que se fueron tomando, se llegó al 2 de mayo de 1948, fecha en la cual se conformó la actual Carta del sistema. En este documento, ya no solo se trata lo concerniente a la manutención de la paz y la seguridad, sino que extiende sus fines a promover el progreso político, económico y cultural de los Estados miembros.

Todos nuestros países han evidenciado los beneficios aportados por el sistema, como mantenedor de la solidaridad americana y el reforzamiento de la capacidad defensiva. También debemos reconocer, que la pobreza, el hambre, la ignorancia y la enfermedad, son los problemas ante los cuales el sistema no se ha mostrado plenamente efectivo.

Las conferencias de La Habana, Río de Janeiro, San Francisco, Chapultepec, Bogotá, Lima, Montevideo y nuevamente Río de Janeiro, constituyen sin duda, fehaciente prueba de la constante inquietud por hacer del Sistema Panamericano, un medio más eficiente en la consecución de sus objetivos. Además, es fiel interpretación de los anhelos inalienables de Bolívar, cuando con terca justificación reclamaba simultáneamente, garantías para dejar la guerra y garantías para mantener la paz.

El transcurrir de las últimas décadas, evidencia que hemos ahondado en

nuestra conciencia de americanos, y consideramos que las mutuas semejanzas que poseemos, deben ser aprovechadas. Que dentro del respeto recíproco y de una confianza fundada en hechos prácticos, lo mismo jurídicos, que económicos y culturales, seguiremos el camino que nos lleve a hacer realidad, el ideal panamericano que nos fue trazado por Bolívar.

Pero la buena voluntad de las conciencias se enfrenta a la verdad del momento internacional. El sistema ha encontrando tropiezos, para satisfacer las aspiraciones que hoy afloran en el ámbito americano y como si esto fuese poco, ha surgido, con sutileza, un nuevo y poderoso enemigo, lo cual hace que de la satisfacción y el orgullo de que nos ufanábamos, hayamos pasado a la incertidumbre y la desconfianza.

No es acertado aseverar que por sí solas, la identificación de intereses y las condiciones geográficas hoy superadas por la técnica, sean asidero y razón que justifiquen plenamente un sistema de integración entre los pueblos. En el caso latino, cada uno de los países tiene su carácter propio y una organización social y estatal que los diferencia fundamentalmente. Cada uno ha creado una dinámica muy personal, encaminada a lograr la autarquía económica y espiritual. Ayer como hoy, nos separa la evolución natural de la existencia, lo que aunado a los tremendos cambios que día a día impone la tecnología, así como los progresos en los campos científico e industrial, que alteran los sistemas de asociación y convivencia, y hacen aparecer nuevos intereses y problemas, llevan a que se vea aún más lejano el poder materializar, el ideal de integración común.

Hoy, los latinos tenemos un deseo ferviente: Alcanzar y superar las etapas inferiores del progreso. Es un an-

helo difícil de lograr. Se requiere entre muchos factores, una cooperación mutua; un equilibrado entendimiento en la planificación y desarrollo de la industria a fin de obtener una producción de complemento y no de competencia. También sabemos, que con ello lograremos la reducción de la ignorancia y la miseria, y alejaremos de hecho la amenaza de regímenes basados en la opresión.

Pero este deseo, es atropellado por los efectos que producen los desequilibrios existentes entre las estructuras sociales, y los impactos del subdesarrollo, que hacen aflorar la incompreensión y la injusticia.

He aquí la razón para que la marejada humana de este mundo latino se muestre tan inquieta e inestable socialmente. Es el influjo del progreso, que como materia inflamable dentro de los moldes de nuestras añejas estructuras, produce tantas explosiones; huelgas, protestas; nuevas agrupaciones políticas; nuevas aspiraciones y mil manifestaciones más, que van llevando de un lado para otro a enormes masas humanas, que hacen variar la calidad y el valor de los diversos estratos sociales.

Es ante este fenómeno, del convulsionado mundo americano, cuando el Panamericanismo como medio que frena o sosiega, adquiere una nueva e inusitada importancia y un campo de aplicación no previsto por sus creadores.

Pero la seguridad también está amenazada. Cuba, Santo Domingo, y las manifestaciones subversivas de los seguidores del comunismo en nuestros pueblos, están poniendo en grave aprieto al Sistema Panamericano. Las razones son evidentes.

En 1947 cuando en Río de Janeiro se firmó el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, se halló y se dejó sentado, que habría consultas en el

caso de amenaza a la paz, y de acción colectiva, para evitar o rechazar la agresión.

Entiendo que allí se orientaba la acción, para contrarrestar cualquier tentativa de agresión por parte de un Estado. Pero el nuevo enemigo no tiene carta constitutiva, ni fronteras; se esconde bajo los más variados subterfugios: nacionalismo, reivindicaciones; lucha contra el capitalismo, etc. Ya no se trata de agresión armada con un ejército regular. Es la penetración ideológica, cultural y económica soterrada; es la guerrilla implacable; es el atentado contra el pueblo indefenso; es el asalto a la industria; es la inseguridad diaria; es la propaganda anónima que incita y tergiversa; en fin, todos los medios para desquiciar el orden democrático, hasta lograr el momento propicio, para adquirir el poder político.

Dos herramientas contra la agresión creó el Panamericanismo: La Autodefensa Individual y la Acción Colectiva.

En mi sentir ambas han fracasado en los casos concretos de alteración del orden americano. La autodefensa individual, porque sus medios fueron socavados paulatinamente, impidiéndole que pudiera cumplir su misión oportunamente, ante la indiferencia o timidez del resto de los Estados. La segunda, porque logrado lo primero, el golpe fue repentino y la acción colectiva, entabada por la legislación y trámites de los distintos Estados. Aquí vemos una desigualdad en la forma de lucha.

Mientras sometemos a nuestros parlamentarios, la aprobación de la intervención y en donde surgirá la oposición mal intencionada o erradamente orientada y tras duros debates, se llega al acuerdo, el enemigo ya se ha consolidado y los recursos de consulta previa e intervención colectiva, han quedado fuera de situación.

La clarividencia genial del Liberta-

dor, y de esto hace 139 años, no alcanzó y no había razón para prever al enemigo de nuestros días: el comunismo.

He aquí otro aspecto que requiere la transformación en el actual sistema. No es el que sean obsoletos los acuerdos vigentes, requieren sí, que sean ajustados a las modalidades del enemigo en uno y otro caso. En 1815 en Panamá, el adversario lo constituían quienes se oponían a la independencia. En 1945, en Chapultepec, la oprobiosa amenaza nazi. El Acta que se acaba de firmar en Río de Janeiro, reafirma nuestros temores, desafortunadamente, en forma que no corresponde a la gravedad del momento que vivimos.

La autodefensa individual de Colombia, Venezuela y Perú, ha neutralizado con éxito los esfuerzos comunistas. Por deducción se puede concluir, que una de las necesidades primordiales en cada uno de los países latinos es el refuerzo y modernización de las Fuerzas Militares y de Policía. Estos dos medios, cuando se tiene la certeza de su efectividad y respaldo en sus actuaciones por parte del Gobierno y del pueblo democrático, constituyen una valla contra las aspiraciones del comunismo, que aprovechando la evolución social en desarrollo, desea extender la dominación comunista sobre países enteros de este hemisferio.

En este campo, encontrará un amplio medio de aplicación la política de ayuda por parte de los Estados Unidos, lo mismo que la asesoría técnica y se cumplirá el pensamiento de Bolívar, cuando imaginaba a la América Meridional, "puesta, bajo los auspicios de una nación liberal que nos preste su protección".

El presente año, ha sido de dura prueba para la O. E. A., a la cual se le tilda de debilidad e inoperancia. Debemos convencernos que sus defectos, no son propios de la organización,

sino de los Estados asociados, que no han sabido darle los elementos, para corregir las causas de crítica.

Se presentó una acción unilateral. La razón, que la América olvidó la lección derivada del caso cubano. Fue unánime, en aquella ocasión el reconocer que se cernía una seria amenaza sobre la unidad continental y se recomendó que cada país tomara medidas que le aseguraran su legítima defensa, pero a la vez se hizo énfasis en la necesidad de mantener, como principios básicos del sistema interamericano, el de la autodeterminación y el de la no intervención.

¿Suficiente y poderoso paliativo para detener la gangrena que nos amenazaba? El tiempo nos ha demostrado que no estábamos en lo cierto.

Nadie puede oponerse a los principios básicos defendidos y sostenidos con tesón. En ello va envuelta nuestra genealogía de pueblos libres, sin que pueda interpretarse como indiferencia al peligro que nos amenaza.

Sobre el último principio, la posición de Colombia ha sido clara y definida en todo momento.

Bien merece recordar un aparte de las trascendentales palabras del Presidente Alberto Lleras Camargo, ante el Congreso de Estados Unidos el 6 de abril de 1960 y cuyo texto dice así: "Es cierto que en su vigorosa y plebética juventud, vuestra Nación siguió el modelo más conocido de lo que hasta entonces era una potencia, y algunos Estados de la América Latina conocieron la dureza y desenfreno de ese criterio. Pero en la mesa redonda del hemisferio, fue entregando una a una todas las armas y se cortó las garras para aceptar, sin retener privilegio o excepción alguna, la sujeción a una ley común idéntica para los Estados más pequeños y débiles, pero, claro está, mucho más rigurosa para los grandes. Por eso, desde el momento en que en

Montevideo se anunció la decisión de los Estados Unidos de abandonar cualquier forma de intervención en el hemisferio, entendimos los inermes pueblos del Sur, que la organización internacional que estaba naufragando en Ginebra, todavía podría salvarse en América, y que la democracia entre naciones era no solo deseable, sino absolutamente posible”.

Pero la situación que hoy vivimos de permanente amenaza a la libertad, debe movernos a no dejar en bruma de la indecisión tan trascendental resolución.

Como lo dijimos, con timidez afloró este tema en la pasada conferencia de Río de Janeiro y así en la reforma a la Carta “Acta de Río de Janeiro” se reconoce la inoperancia del sistema ante estos nuevos fenómenos y de ahí que se diga en su artículo 1º. “Que es imprescindible imprimir al sistema interamericano un nuevo dinamismo”

Cuán valederas y de plena actualidad las siguientes palabras del extinto Presidente John F. Kennedy: “Los hechos son evidentes, y la hora es crítica. Nosotros y nuestros amigos de Latinoamérica tendremos que afrontar la realidad de que no podemos posponer por más tiempo el enfrentarnos al verdadero problema de la preservación de la libertad en este hemisferio. En esta cuestión, a diferencia quizá de algunas otras, no podrá haber términos medios. Juntos, tenemos que edificar un hemisferio en el cual pueda florecer la libertad, en donde cualquier nación libre que sufra cualquier agresión externa pueda estar en la certeza absoluta de que todos nuestros recursos estarán listos para responder a su solicitud de ayuda”.

Una de las medidas propuestas para fortalecer el sistema, ha sido la creación de una fuerza interamericana de paz, con carácter permanente. Loable idea, pero que ha sido recibida

con fuertes reservas, en la mayoría de los Estados asociados, sin que esto quiera decir que no se insista en buscar una solución efectiva y permanente.

El Canciller brasileiro Leitao da Cunha dijo en Río de Janeiro: “La democracia no puede jamás prescindir de vigilancia. Este es el mayor y más constante de sus deberes”.

Opino que si cada país se siente amplia y permanentemente protegido con sus propios medios y su situación en consecuencia, es estable, la seguridad colectiva estaría asegurada.

Hemos hablado con especial énfasis, sobre la represión armada como medio de estabilidad, pero es bueno aclarar que ésta no se logrará, si no es complementada con la solución a los factores económicos, culturales y de salud pública dentro de una sólida posición política. En Punta del Este, en 1961, se bosquejó lo concerniente al: Desarrollo económico y social; y a la Integración Económica que en conjunto conforman la Alianza para el Progreso.

En esta importantísima faceta del problema que hoy encaramos, no es mucho lo que se ha alcanzado. Entendemos que ha faltado voluntad y firmeza para acelerar y obtener los objetivos señalados, y franqueza y desprendimiento para poner en marcha los planes de conjunto.

La comprensión y el acercamiento de nuestros pueblos latinoamericanos, no pueden acrecentarse sobre los intereses mezquinos de un cambiante interés político, o de un arreglo económico temporal. Sobre tales prejuicios está la grandeza y desprendimiento con que fueron concebidos por Bolívar.

No pueden nuestros pueblos consolidar la estructura de esta América, que hoy busca salir de su marasmo, con entendimientos políticos soterrados de carácter transitorio. Hoy, como lo preconiza nuestro gobierno, este nece-

sario entendimiento debe lograrse, convirtiéndose en realidades los compromisos éticos más profundos; haciendo pública nuestra confianza mutua, dejando de lado recelos e intereses, e impidiendo que los anhelos o esfuerzos de algunos de nuestros asociados, puedan alterar o sustituir la lógica armonía y el equilibrio natural que debe existir entre nuestras culturas latinoamericanas.

El pensamiento e ideal de Bolívar, hoy debe traducirse en una comprensión más justa de lo que somos y de lo que podemos alcanzar, dándole forma definitiva a una conciencia continen-

tal, basada en la cohesión que da la razón, sin la amenaza de la fuerza y bajo la égida de los conceptos de libertad, y fraternidad a los cuales siempre se acogió Bolívar.

Nuestra acción de acuerdo al momento, debe encaminarse a mostrar que cada nación hace honor a sus títulos de pueblo libre y soberano, con lo cual se engrandezca y se haga cada día más respetable el nombre de América, a la vez que nuestra confraternidad y cohesión, sean ejemplo de entendimiento para la humanidad.

A S C E N S O R E S

O t i s

OFICINAS EN:

**BOGOTA
BARRANQUILLA
BUGARAMANGA
CALI
CARTAGENA**

**IBAGUE
MANIZALES
MEDELLIN
PÉREIRA
SANTA MARTA**